

CAPÍTULO 12: CUANDO DIOS HABLA

¡Dios es un buen oyente! ¿Ya lo has descubierto? Él pacientemente nos permite hablar la mayor parte del tiempo, ¡aunque ya lo ha escuchado todo antes! Él sabe lo que vamos a decir antes de que lo digamos. No hay una sola cosa que podamos decirle que sea nueva para Él. Pero le agradamos tanto que se alegra cada vez que pasamos tiempo con Él, y nunca se cansa de nuestra charla. Nunca se aburre de nosotros y de nuestra agenda.

Como todo buen oyente, Él escucha mucho más de lo que habla, pero cuando finalmente habla, siempre tiene algo que vale la pena decir. ¿Y es posible que a Él le agradase hablar más a menudo, si nos quedáramos callados y le diéramos la oportunidad de decir una palabra?

La respuesta de Dios es la parte más emocionante de la oración, y la más importante. Dado que el propósito principal de la oración es la comunicación, no la información, y dado que no podemos informar a Dios de nada que Él no sepa, entonces ¡Su respuesta es la parte más importante de la comunicación!

¡DIOS QUIERE HABLAR CON NOSOTROS!

¡La premisa bíblica es que Dios quiere hablar con nosotros! Notemos algunas referencias al respecto. Jesús dijo a sus discípulos:

«De ahora en adelante no os llamaré sirvientes; porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero yo os he llamado amigos» (Juan 15:15).

Uno de los aspectos más importantes de la amistad es que los amigos hablan y comparten. Se comunican. Puede que no haya mucha comunicación en la relación «amo y sirviente» o en la relación «empleador y empleado». Eso puede limitarse a: «Tome una carta, señorita Jones». Pero los amigos quieren saber qué está pasando en la vida de cada uno, porque les importa. Lo que es importante para nosotros también lo es para ellos, simplemente porque es importante para nosotros. Eso es lo que nos hace amigos. Y eso es lo que a Dios le interesa compartir con nosotros. Quiere que sepamos qué está pasando. Él quiere que estemos involucrados en Su vida.

En otra ocasión, Jesús dijo: «Lo amaré y me manifestaré a él» (Juan 14:21). Quiere manifestarse a sus amigos. Aquellos que son extraños o enemigos no tienen el mismo privilegio de comunicación que sus amigos. Dios busca constantemente hacerse amigos de todos, incluidos los extraños y los enemigos, pero hasta que no acepten su amistad, no podrá revelarles sus consejos. La comunicación más cercana con Él está reservada para aquellos en Su círculo íntimo.

Veamos una referencia más. Jesús está hablando:

«De cierto, de cierto os digo, que el que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador. Pero el que entra por la puerta, ése es el pastor de las ovejas. A él le abre el portero; y las ovejas oyen su voz; y a sus ovejas llama por nombre y las saca. Y él va delante de ellas, y las ovejas lo siguen, porque conocen su voz. Y al extraño no seguirán, sino que lo alejarán, porque no conocen la voz de los extraños» (Juan 10:1-5).

¿No es bueno saber que el Buen Pastor tiene una voz que sus ovejas pueden reconocer para que no se desvíen por la voz de un extraño? ¿Cómo aprendemos a reconocer Su voz? La respuesta es sencilla: conociéndolo, a través de la relación diaria con Él. Eso es todo lo que se necesita.

«Si venimos a Él con fe, Él nos hablará personalmente de Sus misterios. Nuestros corazones a menudo arderán dentro de nosotros, cuando Uno se acerque para comunicarse con nosotros como lo hizo con Enoc» (El Deseado de todas las gentes, página 668).

La oración trae una respuesta de Dios. Su respuesta puede ser «Sí» o puede ser «No». Puede haber un retraso en Su respuesta mientras nos enseña a esperar en Él, pero a cada oración sincera habrá una respuesta. Y cuando la respuesta es «No», que es la excepción a la regla en lo que respecta a los ejemplos dados en la Biblia, Dios agrega una explicación del por qué, para que la comunicación pueda continuar.

No dejó que Moisés se preguntara por qué no se le permitió entrar a la Tierra Prometida. No dejó que David se preguntara por qué no se le permitió construir el templo. Les dijo por qué decía «No» a sus peticiones.

CÓMO HABLA DIOS

La primera preferencia de Dios por la comunicación es cara a cara. No está contento con las relaciones a distancia. Después de la creación de la humanidad, Él no permaneció en el salón del trono celestial, ni envió cartas. Él mismo venía diariamente para pasar tiempo caminando en el Jardín. ¡Debe haber esperado esa cita todo el día!

Pero cuando entró el pecado, el plan de Dios fue interrumpido. Ya no podía hablarnos cara a cara. Nos destruiría. Entonces comenzó a utilizar métodos alternativos de comunicación. Envío a los ángeles (ver Génesis 19:1; 2 Reyes 1:3; Daniel 8:16; Lucas 1:11). Habló a través de visiones y sueños (ver Génesis 15:1; 1 Samuel 3:15; Daniel 2:19; Mateo 1:20). En ocasiones habló con voz audible (ver Éxodo 20:1-17; Mateo 3:17). Usó signos y símbolos (ver Éxodo 4:8; Jeremías 44:29; Lucas 2:12). Envío a su Hijo (ver Juan 3:16; Marcos 1:11). Envío el Espíritu Santo (ver Juan 14:16; Hechos 2:2-4). En ocasiones Dios ha hablado a través de terremotos, incendios, juicios, aflicciones y pruebas. Nos ha dado mensajes a través de los profetas y del predicador viviente. A menudo habla con voz tranquila y suave. Él nos habla a través de Su Palabra. Nos habla a través de la naturaleza. Él nos habla a través de obras providenciales. Ha invertido toda la creatividad de un Dios de amor para encontrar maneras de llegar a nosotros con sus mensajes de amor y consejo.

Como base para saber cuándo es Su voz la que nos habla a través de los diversos métodos que puede utilizar, Él nos ha dado Su Palabra. Su Palabra debe ser la prueba. Porque, aunque Dios habla de muchas maneras, sus mensajes no se contradicen entre sí. No ordenará con una sola voz, lo que ha prohibido con otra. La voz de Dios está siempre en armonía consigo misma.

Dado que Su Palabra ha sido establecida, cada vez que tengamos dudas sobre si un mensaje proviene de Él, podemos compararlo con lo que ha sido revelado en Su Palabra. Pero para entender Su Palabra correctamente, debemos contar con la ayuda del Espíritu Santo, que se nos da en respuesta a la oración. Aquí volvemos una vez más a la vida devocional personal.

Si queremos comunicarnos con Dios, y si queremos estar seguros de cuándo es Su voz hablando a nuestros corazones, no hay sustituto para nuestro tiempo privado y regular con Él. Es difícil para Dios hacernos llegar sus mensajes si lo buscamos sólo cuando estamos en pánico o bajo estrés. La comunicación con Dios no debe usarse simplemente como una salida de emergencia. Pero cuando nos tomamos el tiempo para tener una comunión regular y continua con Él, Él puede hablarnos tanto en tiempos de crisis como en tiempos de paz.

COMUNICACIÓN BIDIRECCIONAL EN ORACIÓN.

La oración nunca tuvo la intención de ser una vía de sentido único. Si te tomas el tiempo, cuando hayas terminado con tu parte de la oración, para permitir que Dios te hable, ¡puedes sorprenderte de lo que Él ha estado esperando para revelarte! ¿Alguna vez has probado? A continuación, se presentan algunas pautas que algunos han considerado significativas:

Déjate guiar por Su Palabra. Incluso las impresiones que te vienen a la mente durante la oración deben ser siempre probadas por Su Palabra. Esto resultará en una salvaguardia contra el error o el fanatismo. Si parece haber desacuerdo entre los mensajes que recibes, espera. Espera a que Dios te traiga entendimiento y haga Su voz clara, para que puedas saber lo que Él está tratando de decirte.

Aléjate solo. Si quieres escuchar la voz de Dios con claridad, busca un lugar tranquilo, lejos de la interferencia de las voces humanas. A veces, el estruendo es tan intenso que es difícil oír con claridad cuando la voz suave y apacible intenta hablar.

«Cuando todas las demás voces callan y en quietud esperamos ante Él, el silencio del alma hace más distinta la voz de Dios» (El Deseado de Todas las Gentes, página 363).

Ve más despacio. Tenemos demasiada prisa. Hablamos a Dios y luego seguimos nuestro camino, cuando debemos darle tiempo para que Él hable a nuestros corazones.

«Muchos, incluso en sus momentos de devoción, no logran recibir la bendición de la verdadera comunión con Dios. Están con demasiada prisa. Con pasos apresurados avanzan a través del círculo de la amorosa presencia de Cristo, deteniéndose quizás un momento dentro de los recintos sagrados, pero sin esperar consejo. No tienen tiempo para permanecer con el divino Maestro. Con su carga regresan a su trabajo. Deben darse tiempo para pensar, para orar, para esperar en Dios» (La Educación, página 260).

Estate atento a la paz. Podemos obtener la paz, uno de los frutos del Espíritu, en respuesta a nuestras oraciones. Una de las mayores indicaciones de que hemos escuchado la voz del Buen Pastor, y no la voz de un extraño, es la paz que viene con ella. ¿Lo has experimentado? El diablo puede tratar de mezclarse en tus oraciones e imponer su propio mensaje en tu mente, pero no puede traer paz. Puede producir excitación, nuevas vibraciones, o sentimientos poderosos, pero no puede producir paz. La paz del Espíritu es una de las señales o evidencias de que lo que escuchaste es la voz de Dios, no la de Satanás.

Sigue mejorando cada vez más. Sólo Dios puede superarse continuamente a sí mismo.

Observe este párrafo de «El Deseado de todas las gentes»:

«Así como los hombres presentan primero el mejor vino y luego el peor, así lo hace el mundo con sus dones. Lo que ofrece puede complacer la vista y fascinar los sentidos, pero resulta insatisfactorio. El vino se torna en amargura, la alegría en tristeza. Lo que comenzó con canciones y alegría, termina en cansancio y disgusto. Pero los dones de Jesús son siempre frescos y nuevos. El banquete que Él proporciona al alma nunca deja de dar satisfacción y gozo. Cada nuevo regalo aumenta la capacidad del receptor para apreciar y disfrutar las bendiciones del Señor. Él da gracia sobre gracia. No puede haber falta de suministro. Si permaneces en Él, el hecho de que recibas un rico don hoy asegura la recepción de un don más rico mañana. Las palabras de Jesús a Natanael expresan la ley del trato de Dios con los hijos de la fe. Con cada nueva revelación de su amor, Él declara al corazón receptivo: «¿Crees? Verás cosas mayores que éstas»» (El Deseado de Todas las Gentes, página 148).

Él relaciona sus palabras con las nuestras. ¡Sucedee con demasiada frecuencia como para fallar! Dios tiene la costumbre de responder las preguntas que le hacemos. Es posible que estés orando por un tema en particular y, a menudo, en tan solo uno o dos días te encontrarás con un versículo o párrafo que responde a esa misma pregunta.

¡A veces te preguntarás cómo lo hace Dios! Su Palabra se adapta a cada dilema humano. Cuando buscas consejo de Él, Él sabe cómo guiarte exactamente a la respuesta que necesitas dar.

A menudo, Él hace esto dentro del marco de su vida devocional regular. En otras ocasiones, añade medios más creativos. No hace mucho escuché acerca de una mujer que enfrentaba una decisión importante en su vida. Había estado orando sobre qué hacer, y quería asegurarse de hacer lo correcto. Tenía unos días de vacaciones disponibles, así que se llevó a su hija de diez años al Parque Nacional Yosemite. Empacó varios libros devocionales, junto con su Biblia, y pasó bastante tiempo leyendo, orando, y tratando de decidir qué quería Dios que ella hiciera.

Un texto bíblico en particular comenzó a surgir. Lo encontró cuando abrió su Biblia al azar, tratando de decidir dónde quería leer. Lo encontró nuevamente en un capítulo que eligió de «Patriarcas y Profetas». La tarde siguiente sacó «El Deseado de todas las gentes», y adivinen con qué texto se encontró. Ella comenzó a sospechar que Dios estaba tratando de decirle algo con ese versículo en particular.

Al final del tercer día, decidió que necesitaba tomar un descanso del pesado camino, así que fue a la tienda a comprar algunos suministros. Junto con la compra, recogió una revista de noticias y, cuando regresó al campamento, empezó a hojearla. Le llamó la atención un artículo sobre un hombre que había sido secuestrado. Compartió su historia, y concluyó diciendo: «Si hay algo que he aprendido de esta experiencia...» ¡y citó «su» texto!

Tiró la revista, y empezó a reír y llorar al mismo tiempo.

«¡Está bien, está bien Dios, entiendo el mensaje!»

Dios es plenamente capaz de transmitir Su mensaje, siempre y cuando sigamos buscándolo y esperando Su respuesta a nuestras oraciones. A veces nos sorprenderá con los métodos inesperados que utiliza, para asegurarse de que entendamos lo que está tratando de decirnos.

Aquí hay otra historia sobre un versículo de las Escrituras que le fue dado a alguien,

durante un momento de necesidad especial. Esta joven madre cree que Dios la guio a un versículo en particular, en una mañana en particular. Estaba en crisis, y las palabras hablaban de aliento y consuelo, pero le costaba sentirse así. «Sé que me enviaste este verso, Padre», oró, «Gracias por ello. Pero hace mucho frío. Sería muy bueno si pudieras enviarme un mensaje como este, con mi nombre. Sería muy bonito si dijera: «Querida María». ¡Ella pensó lo que debió haber significado para Ciro, en la época de Daniel, encontrar su propio nombre en la Biblia!

Pero el pensamiento pasó y comenzó su día. Esa tarde, su pequeña llegó a casa del jardín de infantes. Compró una tarjeta hecha a mano con un verso de la Escritura impreso en ella. Lo había coloreado cuidadosamente, y en la parte superior había escrito: «Querida María». Nunca llamó a su madre por su nombre de pila, pero eso es lo que escribió en la tarjeta ese día. No escribió querida mami, sino

«Querida María». ¡Puedes estar seguro de que esa tarjeta estuvo pegada en la puerta del refrigerador durante mucho tiempo! ¡Dios había correspondido su respuesta a su petición! No tenía ninguna duda de que el mensaje era de Él.

«Patriarcas y Profetas» lo dice así: «Él nos habla en nuestra propia lengua, para que le entendamos mejor» (página 106).

PADRE ABRAHAM

Mientras tratamos de calzar algunos de estos principios para escuchar y reconocer la voz de Dios cuando nos habla, echemos un vistazo a una historia de la vida de Abraham. Abraham era amigo de Dios (ver Santiago 2:23). Una noche recibió una interesante revelación que lo sumió en una verdadera confusión. Se le dijo que tomara a Isaac, su hijo, el hijo de la promesa, y lo ofreciera como sacrificio. Me gusta la forma en que «Patriarcas y Profetas» describe la experiencia:

«La orden estaba expresada en palabras que debieron retorcer de angustia el corazón de aquel padre: «Toma ahora tu hijo, tu único hijo, Isaac, a quien amas... y ofrécelo allí en holocausto». Isaac fue la luz de su hogar, el consuelo de su vejez y, sobre todo, el heredero de la bendición prometida. La pérdida de un hijo así, por accidente o enfermedad, habría sido desgarradora para el cariñoso padre; habría inclinado de dolor su cabeza blanqueada; pero se le ordenó derramar la sangre de ese hijo con su propia mano. Le parecía una terrible imposibilidad» (página 148).

¿Era esta la voz de Dios? ¿Podría Dios pedir tal cosa? Nos apresuraríamos a decir: «Oh no, Abraham, debes estar equivocado. ¿No has oído hablar de los Diez Mandamientos? Dios dijo: 'No matarás'. Esta debe ser la voz de un extraño.»

De una cosa pueden estar seguros: jese pensamiento no se le escapó a Abraham, porque alguien estaba muy feliz de recordárselo!

«Satanás estaba presente para sugerir que debía estar engañado, porque la ley divina ordena: «No matarás», y Dios no exigiría lo que una vez había prohibido. Al salir de su tienda, Abraham miró hacia el brillo tranquilo de los cielos despejados, y recordó la promesa hecha casi cincuenta años antes de que su descendencia fuese tan innumerable como las estrellas. Si

esta promesa iba a cumplirse mediante Isaac, ¿cómo podría ser ejecutado? Abraham fue tentado a creer que podría estar engañado» (página 148).

Nota sobre qué base Satanás cuestionó si ésta pudiese ser la voz de Dios: el mensaje no parecía estar de acuerdo con lo que Dios ya le había dicho. Primero fue la orden: «No matarás». Segundo, Dios había dicho que Isaac era el hijo de la promesa. «En su duda y angustia, Abraham se inclinó en tierra y oró como nunca había orado» (página 148). Bueno, supongo que tú también lo harías, ¿no?

«Oró por alguna confirmación de la orden, si debía cumplir con este terrible deber. Se acordó de los ángeles enviados para revelar el propósito de Dios de destruir Sodoma, y que le llevaron la promesa de su mismo hijo Isaac, y se dirigió al lugar donde se había encontrado varias veces con los mensajeros celestiales, esperando volver a encontrarlos. y recibir alguna dirección adicional» (página 148).

Medita en eso por un momento, y deja que tu imaginación trabaje con la escena. Observa a Abraham tropezando solo en la oscuridad, apresurándose hacia el lugar donde los ángeles habían llegado antes, con la esperanza de que regresaran y le explicaran el misterio. Pero no aparecieron. No esta vez. Esperó un rato, forzando la vista para ver cómo se acercaban, escuchando atentamente algún sonido. Pero nada. Allí estaba oscuro y en silencio.

«La oscuridad pareció encerrarlo; pero el mandato de Dios sonaba en sus oídos: «Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas». Esa orden debía ser obedecida y no se atrevía a demorarla. Se acercaba el día y debía estar en viaje» (página 148).

Abraham emprendió el viaje como le habían ordenado, pero siguió orando. Parecía imposible que Dios, que había dicho: «No matarás», ahora quisiera que matara a su hijo. ¡Pero el primer día terminó, y aún no lo había matado!

Abraham siguió orando y caminando. Isaac todavía estaba vivo al final del segundo día. Llegó el tercer día, y él también estaba vivo al tercer día. Dios le dio a Abraham tres días para solucionar el problema. Al final del tercer día, vio una nube de promesa flotando sobre la montaña a donde se dirigía. Con ello llegó la seguridad de que Dios todavía tenía el control y podía manejar las cosas, aunque Abraham no podía entenderlas.

Esos tres días fueron dolorosos para Abraham, pero aprendió una lección muy hermosa en el proceso, y su comprensión única de la expiación nos ha sido transmitida hasta hoy. El carnero, atrapado en la espesura cercana para reemplazar a su hijo, señaló al Cordero de Dios que estaba por venir.

¿Por qué estás orando hoy? Tu oración será respondida tan seguramente como lo fue la oración de Abraham. Dios puede esperar hasta el último minuto, pero la respuesta se dará. La promesa es segura. Dios responderá a las oraciones de su pueblo. No existe tal cosa como una oración sin respuesta.

«A cada oración sincera llegará una respuesta. Puede que no llegue tal como lo deseas, o en el momento que lo buscas; pero vendrá en la forma y en el momento que mejor satisfaga tus necesidades» (Obreros Evangélicos, página 258).